



## ***SUEÑO CON MALENA***

***Alberto Bejarano***

En un amanecer rosado, algo pastelero,  
algo camp, de nubes de bolero y elegía

*Alejo Carpentier*

La vi por primera vez, viajando en su bicicleta por la ciudad como quien va a esquiar en los Alpes, sus premios de montaña no le daban puntos pero sí sonrisas de los que la veían pasar como una Malena extranjera. En las mañanas, muy temprano, cuando apenas el sol despuntaba por la quebrada La Vieja, se vestía con sus pantalones de goma largos, negros con rojo, y su saco polar rojo y se pintaba sólo un poco los labios sin mirarse al espejo, se tomaba un café doble con unas galletas de soda y un pedazo de queso que nosotros llamaríamos rancio, y salía a trotar, montaña arriba montaña abajo. Se encontraba con muchos amigos por el camino, de esos que no sabían su nombre pero que le contaban sus vidas, porque sabían que ella los escucharía y luego les daría ánimo sin darles razones precisas y aunque ninguno se atrevía a invitarla a salir, por miedo a no saber que preguntarle, trataban de alargar lo más que podían las charlas informales que se alternaban con los ladridos de los perros y la ronda de los caballos de la policía montada que merodeaba por los cerros. Lo que no sabían era que ella llevaba un diario, donde anotaba sus nombres y sus vidas, como un gesto que habría de acompañarla cuando hubiera dejado estas tierras, quizá para no volver. Todo eso me lo contó ella cuando empezamos a vernos en las catacumbas paganas del centro, entre ron y rumba cubana.

La segunda vez que la vi y escuché su voz, me quedó sonando su acento, indefinible, como si fuera una mujer de Chejov, actuando para una obra de

Carpentier, en un teatro francés, con una compañía italiana, y un público alemán (en lugar de Chejov podría ser Pirandello, por Carpentier podríamos decir Sarduy, en lugar de francés, podríamos decir austriaco –Bernhard– y en lugar de alemán, mompoxino). Hablaba de literatura cubana como si fuera su tierra natal, en una mesa contigua a la mía en un café bogotano que frecuentaba el poeta Silva más de cien años atrás, cuando Chapinero eran puras quintas de recreo y el tranvía era de mulas (eso quizá ella no lo sabía). Su interlocutora no le seguía mucho la cuerda y parecía más pendiente del teléfono y de las meseras que de ella. Seguí atentamente su conversación, sin percibir que hablaba a propósito del libro que yo tenía sobre la mesa, «La consagración de la primavera» de Alejo Carpentier. Empezó a recitar de memoria un par de pasajes memorables que casualmente yo había subrayado la noche anterior, eran un par de páginas sobre el sonido de los tam tam africanos en París, ah ¡como olvidarlo! Lo recitaba como si fuera Sarah Bernhard, en medio del carnaval de Barranquilla (por el bullicio que empezó a formarse en el café por un partido de fútbol que atrajo a todos los que estaban afuera), pero ella seguía impasible con su monólogo, pieza por pieza, frase por frase, sin subir ni bajar la voz, con un ritmo cubano-francés-ruso que nadie captaba. Y ahí seguía yo, con mi novela hiper-barroca de Carpentier que releía por esos días buscando claves sobre mi propio pasado que me permitieran entender mejor que buscaba en mi propia escritura... Tenía un viejísimo ejemplar hallado por azar en Roma diez años atrás, lleno de anotaciones y rayones que había hecho en aquel verano; el libro había reposado luego entre mis cajas de mudanzas sucesivas, olvidado, perdido en mis memorias, para reaparecer apenas unos días antes, a raíz de una carta que recibí de un viejo amigo hondureño con quien retomaba el contacto, él había sido mi maestro cuando vivía en medio del teatro universitario. Y ahora, casi de la nada, la escuchaba a ella, Malena me gusta nombrarla, –esa vieja manía de cambiar los nombres, como si alterarlos abriera las puertas a otras formas de encuentro, secretas, retumbantes– y seguía sus labios pintados con mi mirada, mientras con mis dedos recorría las líneas subrayadas en el libro...

Esa noche no dormí.

Sentado en la alfombra persa, herencia de mi abuela, estuve releendo y subrayando el monólogo de Malena. Era como si hubiera sido escrito para ella. Me gustaría transcribirlo todo aquí, pasar palabra por palabra tal como la he subrayado, pero con la voz de ella. Cada vez que lo relea se que pasará lo mismo. Nunca me había sucedido. Hay voces que se quedan grabadas en la piel de los libros, se impregnan de ellos, los devoran y nos devoran, nos dan vueltas como si

fuera aviones kamikazes que revientan el cielo y la tierra y luego se esfuman en el tiempo, –que extraño recordar ahora que el ruido de la tetera también era como la caída de uno de esos aviones japoneses que incendiaban el mar. Ahora su voz había quedado asociada a esos ruidos de fondo, gol, avión, tetera, fuego... más barroco imposible. Turbulencia. Al amanecer, después de esa noche en blanco, salí hacia la quebrada La Vieja, instintivamente. Vi los caminadores de perros y los hombres que trotan y subí la cuesta lentamente como un alma en pena, como alguien que recoge sus pasos y espera un milagro inesperado, inocente, pero no la encontré a ella. Al bajar, me fui a desayunar al viejo restaurante Don Pepe que siempre me ha traído el recuerdo de los años del gran Apagón y seguí sin dormir hasta la noche. Caminé en círculos sin rumbo fijo, sin anclas ni brújulas, escuchando los goles que se gritaban dentro y fuera de los bares en plena euforia mundialista, y el silencio de las calles laterales, donde no había pantallas gigantes ni caravanas, era como una plegaria de un poeta ciego...

Al otro día tampoco la vi. Me senté a fumar en un jardín. Ya el semestre se estaba acabando y sólo se veía a algunos profesores, comentando en los pasillos la actualidad política, siempre dramática. El pronóstico del tiempo era de temporal con tormentas eléctricas el día de las elecciones. Yo llevaba seis meses sin trabajo, desde que cerraron la tipografía en la que estaba hacia seis años y tuve que recurrir a mi viejo pasatiempo de hacer maquetas, para sobrevivir durante las vacaciones. Tuve que aplazar, una vez más, mi viaje para conocer el mar. De resto, no tenía razones para quejarme. Tenía suficiente colbon, palitos y papel crepé. Así que la vida no dejaba de sonreírme. El seis seguía siendo mi número de suerte y me jugué los últimos ahorros al número del diablo, tres cifras, pagando a las dos primeras o a las dos últimas, seiscientos mil pesos, con la lotería de Cereté. A la salida del campus, por la calle 26, se la compré al mono, un veterano lotero que era famoso por ser muy supersticioso y por eso sólo trabajaba en las mañanas. Al otro día tal vez sería rico y me olvidaría de las maquetas.

El aviso que puse en las paredes de la facultad decía así: «Hago maquetas. Pagos contra entrega, satisfacción inmediata o maqueta gratis. Servicio a domicilio 24 horas. Entregas a todo el país. Descuentos para grupos. Preguntar por Manolo. 27125». Solo me faltó poner «ambiente familiar». Al día siguiente ni gané la lotería ni nadie llamó. Me puse a hacer una maqueta pequeña de la torre del reloj de Cartagena para calentar un poco e ir soltando la mano como dicen los expertos. Hacia más de diez años que no hacía maquetas. Me tomó tres días y el inicio de una temporada de insomnio. Todavía no llamaba nadie. Seguro nadie

había visto los avisos, pues ya todos estaban en vacaciones. Así que hice más anuncios y salí a pegarlos en los postes, primero en mi cuadra y luego en todo el barrio, pero quedaban totalmente opacados por la propaganda electoral que inundaba la ciudad. Quedaban apenas 5 días para las elecciones.

Mundial es mundial.

La tercera vez que nos vimos, fue en un café de dos argentinos que ponían boleros cubanos por las tardes. La primera que habló fue ella, pero sin mirarme y casi como si estuviera pensando en voz alta...

-La novela del cubano Severo Sarduy «De donde son los cantantes» se tradujo en francés como «écrit en dansant»...

Qué más podía decir.

Por esos días escuchaba sólo música de Gonzaguinha, soy un hombre de obsesiones. Puedo escuchar cien veces seguidas el mismo tema y captar cada vez algo distinto en el ritmo o en la melodía. En eso estaba con la canción «lindo lago do amor», cuando empecé a sentir que me perdería en ella, ah, que verbo, lo he tanteado varias veces, lo he tachado, lo he borrado en los poemas que le he escrito, y al poner «perder» salían otros sentidos que no tenían nada que ver realmente con perder algo, sino perderse en alguien, perderse en el centro, perderse entre Egipto y Jerusalén como en una página de Durrell, perderse entre los trenes que van a Rusia, pasando por Colombia... perderse en Malena, ese era lo que había quedado escrito entre-las-líneas del libro de Carpentier. Perderse en Malena. Precisar-de-ella...

La literatura rusa era otra pasión compartida. Juntos habían leído «Noches blancas». Juntos habían *ido* a las afueras de Moscú, vestidos de negro, como prefiguraciones de Wenders, ella bailaba como una sombra de Pina Bausch, él la seguía con los ojos ávidos de un deseo-aun-animal (en sus sueños ella hablaba un alemán con leve acento italiano...**B E G I E R D E**), y no quería despertar. Rusia era una estrella distante. La Habana, en cambio, siempre estaba cerca. Ella podía ser tantos nombres: Carmen en flamenco, Cristina en rock, Malena en tango... La Lupe en salsa. *¿Cuántas veces vimos la película donde baila Rock and Roll a la rusa Marcelo Mastroianni? Que escena. Que manera de captar la convulsión nevada de Dostoievski*

Esa noche me enteré que había vuelto a Los Alpes sin mirar atrás.

\*\*\*\*\*

**Alberto Bejarano.** (Bogotá) Doctor en Filosofía por la Universidad París 8, investigador en literatura comparada, escritor de ficciones patafísicas (sic).